



Carta abierta.

A los Doctores Ramón López Prieto, Miguel García Canal y
Blas Sierra.

V a l l a d o l i d

Mis queridos amigos y compañeros: Permitidme, que por la íntima amistad que a Dío del Río Hortega me une desde la niñez, razón por la cual sus triunfos son algo casi propios y porque de alguien si ésto no es suficiente, había de partir la iniciativa de algo perdurable para nuestro preclaro colega, me dirijo a vosotros en esta forma de carta abierta, como representantes cercanos en nuestra querida Universidad de los tres grupos que fuimos condiscípulos del ya famoso histólogo del Río-Hortega, con el fin de que reuniendo cada uno el mayor número posible de adhesiones de sus condiscípulos y principalmente, de cuantos con él formamos parte del Cuerpo de Internos de esa Facultad, se eleve al Directorio que nos gobierna, una exposición rogando que por excepción, pero por ser de justicia para premiar el mérito sobresaliente del joven histólogo español de más positivo valor patrio desde Cajal acá, sea nombrado Catedrático de Histología de la Universidad de Madrid, por sus méritos indiscutibles como trabajador infatigable, descubridor de fama universalmente reconocida y maestro solicitado dentro y fuera de España, quien por su eficaz colaboración al lado del eximio Cajal, maestro de maestros, sería su más adecuado sustituto, para así no perderse la solución de continuidad de la Escuela Histológica española que para vanagloria nuestra, es tan estimada y respetada de fronteras afuera.

No estamos ya por fortuna, en los tiempos pretéritos de atraso científico, como cuando el egregio Cajal emprendiera sus conquistas microscópicas, llenos sus arrostos de trabas de todas clases, desconocido e ignorado en su propia patria y que hasta la culminación de su fama por el galardón de Nobel, no fué, como debiera haberlo sido mucho tiempo antes, reverenciado y reconocido como lumbrera española de que tan ayunos andamos siempre en hombres de ciencia pura. Hoy los tiempos son muy otros; la familia médica más ilustrada y en progresivo avance científico, sabe bien, que hombres de acción, descubridores pacientes y serios, infatigables experimentadores por la ciencia pura, sin que sea ésta escabel de clientelas ni posiciones preeminentes, son casos tan raros que asombra encontrarlos en la juventud y dignos por su esfuerzo de una recompensa que premie en armonía con el honor que hacen a su patria, (elevando fuera de ella el prestigio nacional) el reconocimiento de ésta, y nada más adecuado para premiar a quien por maestro es tenido dentro y fuera de ella, que el nombramiento



(sin que sirva de precedente y por excepción en el procedimiento porque excepcional es también el mérito del propuesto), de Catedrático de Histología Normal (separado de toda otra enseñanza) para que así, se reconozca de derecho como Maestro a quien ya de hecho acatan y siguen sus inspiraciones numerosos profesionales, profesores ya más de alguno, sin que sea necesario someterse a la prueba tan aleatoria de la oposición en que su ciencia positiva, sólida y ya probada con hechos científicos inconcusos, pudiera ser vencida paradójicamente, por la erudición verborreica de algún despierto empollón (para usar un vocablo escolar) ayuno de bagaje experimental siempre necesario al profesor, quien para serlo de verdad, ha de saber hacer escuela como este meritísimo micrógrafo lo proclama, honrando la de Cajal y la de quien por serme muy allegado no quiero nombrar, pero en la mente de todos está presente para justa vanagloria mía.

Esperando que esta carta tenga de todos vosotros, la acogida que mi deseo la inspiró, para ver de conseguir al que es legítimo orgullo de la Escuela Médica vallisoletana, algo más que estímulo y homenajes espirituales y ostentosos, muy estimables, sí, pero efímeros, sin que sean premios verdaderos al mérito excepcional y acócate estimulante para otros ingenios en potencia, os saluda en camarada con un abrazo de cordial afecto, vuestro compañero.

ANGEL LOPEZ PEREZ.

Bilbao, Octubre de 1925.